

### Tres reseñas: Tusquets Editores y su Colección Centenarios

Ante lo imponderable de la celebración, los editores mexicanos se han dado a la tarea de publicar una marabunta de libros dedicados, desde diversos frentes, al centenario de la Revolución y al bicentenario de la Independencia. Desde nuestra mesa de redacción aplaudimos el esfuerzo de Tusquets por desmarcarse y crear una colección inteligente, cuyos primeros títulos ya circulan. A continuación, y en memoria de Antonio López Lamadrid, el recién fallecido copropietario de la editorial y compañero de armas de Beatriz de Moura –fundadora del sello que, este año, ha cumplido 40 años de existencia–, reseñamos tres de ellos (*Istor*).

█ Mauricio Tenorio Trillo, *Historia y celebración. México y sus Centenarios*. México: Tusquets Editores, 2009, 249 pp.

#### Alejandro Araujo

Hay libros que desde sus primeras páginas incitan a ser recorridos bajo una clave de lectura. En ocasiones no es lo más conveniente, sobre todo cuando la clave es un artificio que el lector introduce y que le impide encontrarse con lo que el libro postula. Sin embargo, dos

frases que aparecen en el prefacio de *Historia y celebración* permiten leer todo el texto desde ellas y observar así lo que sugiere. Ello, señalando rápido y sin rodeos, que lo sugerido por Mauricio Tenorio es mucho, demasiado, en estos tiempos de conmemoración.

La primera es la brevísima oración con la que empieza el volumen, oración que, inserta apenas en la página 11, es más clave que recordatorio: “La historia es cosa seria”. Tenerlo en cuenta es importante en un libro plagado de ironía, que se lee en muchos momentos con una sonrisa cómplice, en otros con una carcajada incontrolada e, incluso a veces, cuando la ironía toca alguna fibra sensible, con incomodidad y molestia. La segunda frase clave la introduce en la página siguiente, cuando “acepta” cómo ha hecho el libro: “[...] confieso que *Historia y celebración* mezcla mis experiencias con mis lecturas, porque profeso que cualquier método es ante todo vivir y leer: lecturas filtradas por vivencias, vida vivida con lecturas”.

Si la primera frase nos advierte de la seriedad del asunto y traza con ello un compromiso que hace incluso de la burla una forma de tomarse la historia en serio, con la segunda es posible recordar toda una tradición literaria que sabe que la relación entre los libros y la vida no es, no exactamente, la de la ficción y la realidad, como una concepción

ingenua lo supone; una concepción ingenua que aceptaría y propondría, además, que los libros, los de historia, sí son una forma de acceder a la realidad o, al menos, de representarla, eludiendo así el hecho de ser literatura.

Pero no, Mauricio Tenorio, sin entrar en las reflexiones que hacen de la relación entre historia y literatura un tema de discusión, nos recuerda, con dicha frase, que una vez que la historia es representada la relación entre la historia contada y la historia vivida, el relato y la realidad, ya no puede ser entre cosas plenamente separadas. El asunto es serio, desde luego, porque supone que la realidad que la historia (los libros de historia) produce no estriba sólo en la exactitud con la que representa el pasado, sino en la posibilidad de crear las realidades que habitamos, en construir y formar los mundos de sentido y las unidades identitarias a través de las cuales nos identificamos a nosotros mismos y a los otros. Dicha afirmación supone, por tanto, que es la historia relatada y escuchada, la historia leída y recordada, una forma a través de la cuál las sociedades organizan y producen un conjunto de acciones posibles e imposibles, probables e improbables, esperables e inesperables.

La frase recuerda de manera fácil una tradición literaria que para muchos comienza con el Quijote o que, quizá,

mantiene al Quijote como origen de un juego intertextual casi infinito. A uno que es lector de “fines de siglo” le puede recordar a Ricardo Piglia, sobre todo en su libro *El último lector*. Texto fascinante, aunque la palabra suene fuerte, en donde Piglia decide poner en el centro la manera en que aparece la figura del lector al interior de la literatura. La frase de Tenorio me llevó a dos momentos de dicho texto.

El primero se trata de la historia con la que comienza su libro. Un personaje visita la casa de un fotógrafo que tiene una representación en miniatura de la ciudad en la que vive (Buenos Aires, desde luego). “No es un mapa, ni una maqueta, es una máquina sinóptica; toda la ciudad está ahí, concentrada en sí misma” (Ricardo Piglia, *El último lector*, Anagrama, Barcelona, 2005, p. 11). Russell, el fotógrafo, cree que la ciudad depende de su réplica: “Ha alterado las relaciones de representación, de modo que la ciudad real es la que esconde en su casa y la otra es sólo un espejismo o un recuerdo” (*Ibidem*, p. 12). Por ello se trata de un hombre que supone que “Lo real no es el objeto de la representación sino el espacio donde un mundo fantástico tiene lugar” (*Ibidem*, p.189). El otro momento del texto de Piglia que quiero mencionar aparece al final, en el epílogo, cuando explica los motivos por los que decidió escribir

su libro y habla, tiene que hacerlo, del Quijote. “En toda la novela nunca vemos a don Quijote leer libros de caballería [...] Ya ha leído todo y vive lo que ha leído y en un punto se ha convertido en *el último lector del género*. Hay un anacronismo esencial en don Quijote que define su modo de leer. Y a la vez su vida surge de la distorsión de esa lectura. Es el que llega tarde, el último caballero andante” (*Ibidem*, p. 189. Las cursivas son mías). Poco después Piglia cita a Wittgstein, para indicar con él que en la filosofía gana el que corre más despacio, el último en llegar a la meta. De ahí Piglia prosigue: “El último lector responde implícitamente a ese programa. Su lectura siempre es inactual, está siempre en el límite”. En *Historia y celebración* Mauricio Tenorio es, me parece, *el último lector* del género de historia nacional.

Es cosa sabida que éste nació junto con la historia como una disciplina con pretensiones científicas, allá por el siglo XIX. También lo es que en aquellos tiempos los Estados nacionales aparecieron como formas del orden mundial, como una manera de trazar sus contornos y establecer las relaciones entre las sociedades. Estado, nación e historia fueron de la mano o, mejor dicho, la historia fue un factor crucial para dotar de unidad simbólica a los recientes Estados nacionales.

La nación como comunidad imaginada es el nombre que desde Benedict Anderson usamos los historiadores para ayudarnos a mirar históricamente a las naciones como artefactos culturales. Una gran cantidad de textos han aparecido desde entonces con el fin de mostrar las formas, estrategias, retóricas, modalidades, rituales y narrativas que se usaron en distintos momentos de la historia para inventar a la nación mexicana y, desde luego, a otras naciones.

De ahí que las historias nacionales o las historias patrias, como las llama Tenorio, se volvieran temática de investigación histórica e, incluso, manera de cuestionar lo que dichas historias decían y el tipo de unidad nacional que proponían: “[...] en las últimas décadas del siglo XX —señala Tenorio en la página 153— historiadores mexicanos y mexicanistas se dedicaron a desconstruir la nación liberal heredada del siglo XIX”.

La premisa que ha orientado a casi todos los trabajos que revisan la memoria nacional y las memorias en la nación, es más o menos simple: ha sido un grupo en el poder el que ha obligado a todo un pueblo a creerse el mito de la unidad nacional con el fin de imponer un proyecto de nación generalmente excluyente. Al parecer, un intento de realizar una función crítica de la sociedad obligó a los historiadores a realizar una crítica

de la historia-memoria nacional elaborada por sus colegas liberales del siglo XIX. Lo curioso del asunto es que aún cuando “criticar a la nación está de moda” dicha crítica no puede dejar de acudir a “la otra nación, la verdadera, la multicultural, la indígena, la plural...” para realizar lo que es, para Tenorio, tan sólo una redefinición.

Lo que se pone en juego en este movimiento es algo que Tenorio explica de manera sumamente atractiva, particularmente en el capítulo segundo (“Saber de memoria: 2010 para historiadores”). Y lo hace poniendo a la vista esa vieja pregunta que los historiadores no han dejado de hacerse –¿Historia para qué?– dentro de un capítulo que insiste en recordar que hay cosas que sabemos de memoria, que preceden toda pregunta histórica, que incluso la posibilitan. “La memoria es anterior a la pregunta. Casi nunca se parte de la desmemoria total; siempre se comparten colectivos de memoria tramposos e huidizos”. La memoria nacional no está en juego, es decir, el mito de la nación nos sigue acompañando y, por lo mismo, es ociosa la tarea del historiador que pretende que su oficio permita definir mejor quiénes somos. La afirmación de la utilidad de la historia “no debería ser sobre el qué somos, sino sobre en dónde estamos en esto de la historia”.

El movimiento lo hace *el último lector* de historias nacionales. Se trata de un lector que *sabe de memoria* lo que le han dicho las historias nacionales, pero que también sabe que las mismas están en descrédito. Algo desorientado, habita los mitos sin creerlos del todo o, quizá mejor, sabe y cree en la necesidad de los mitos. En la página 155 anota:

[...] de un hecho por demás verdadero: la nación existe y es posesión de mucha gente, inclusive más allá del Estado y de los historiadores. Es un ejercicio importante, en los cubículos y publicaciones académicas, acabar con los mitos. Pero no se puede soberbiamente declarar a la nación un sueño de ignorantes. Habitar los mitos, compartir el objetivo de convivencia nacional, y redefinir los mitos en un mejor camino.

Resulta posible sugerir que *Historia y celebración* no es un texto más de historiador en donde el autor se dedica a analizar la forma en que celebraciones viejas y nuevas imponen una representación del pasado a una sociedad que no está representada cabalmente en los relatos, tampoco es una forma de cuestionar a la “falsa” nación para detectar a la “verdadera”, ni siquiera se trata de incluir a aquellos que se han quedado fuera de la unidad nacional para pensar un sociedad multicultural, incluyente y

verdaderamente democrática. Elude, además, las reflexiones teóricas en torno a las tensiones entre memoria, historia y ficción que, aunque no lo mencione son, me parece, las que le permiten reflexionar productivamente sobre los mitos nacionales para repensarlos y redefinirlos.

*La historia es cosa seria* no está para dar sermones cívicos y no son tiempos para detenerse en la reflexión teórica cuando la nación se conmemora. Por ello, sin dar lecciones, no elude el compromiso político; al contrario, lo retoma pensando que la pregunta de dónde estamos en la historia puede permitir imaginar futuros posibles que nos dejen ejercitar una mirada al pasado diferente.

En diez ensayos-capítulos, divididos en cinco apartados, Mauricio Tenorio invita a pensar, provoca y sacude, juega con los mitos para desmoronarlos pero sin la intención de derribarlos por completo. Incómodo con lo políticamente correcto se vuelve inactual, avanza lento para pensar de nuevo en el futuro de la nación. De los diez ensayos uno no me gusta, el primero; sin duda se debe a la solemnidad que me acompañó en la lectura. Dos de ellos me parecen ineludibles: “Luces y Centenario de la Revolución mexicana” y “El oftalmólogo y la historia patria”.

Más allá de los gustos personales, me parece que es un libro que se debe leer

completo. Y, además, que hay que visitar con calma, con mucha más de la que aparentemente nos sugiere su tono desenfadado, coloquial, irreverente. Quizá su mayor virtud radica en que se trata de un texto que no se puede seguir con la intención de repetir al infinito. Es decir, que en tiempos de artículos, “punitis” y coloquios no sirve para sostener de manera autorizada nuevas versiones de la historia. Los acertijos y paradojas que lo estructuran nos permiten saber, hacen pensar; pero, sobre todo, incita a recordar que la historia escrita y la historia por hacer, que el mundo de los libros y el mundo de la vida, están estrechamente vinculados; que es posible seguir habitando —aún sin saberlo del todo— el mito moderno de la historia.

Luis Barrón, *Carranza. El último reformista porfiriano*. México: Tusquets Editores, 2009, 289 pp.

Javier Villarreal Lozano

Los clichés, cómodas muletas de la pereza mental, cuelgan etiquetas a personajes y hechos del pasado. Encasillar a los protagonistas, colocándoles previamente su respectivo marbete, nos libera del acto de reflexionar e inocular contra la búsqueda de matices, tarea que conlleva la siempre incómoda intrusión de la duda.

En México se solía hablar de la existencia de una historia poblada de estatuas de bronce, pero más que estatuaría, nuestra historia ha sido retórica, catálogo de frases, nombres que a fuerza de repeticiones acabaron vacíos de significado. El solo enunciado de ciertos personajes lleva implícito un juicio moral. Serán pocos quienes no asocien, casi a manera de reacción pavloviana, el adjetivo “traidor” al escuchar los nombres de Ignacio Elizondo, Victoriano Huerta o Francisco Picaluga.

Así, Benito Juárez pudiera ahorrarse nombre y apellidos, identificándose únicamente como “El Benemérito”. ¿O quién será capaz de discutir los ideales y la nobleza de actos de alguien a quien llaman “El Apóstol”, y uno de sus biógrafos calificó de “inmaculado”? Las fronteras entre la historia y la hagiografía son entre nosotros porosas y permeables. Y condición *sine qua non* de toda hagiografía es complementarla con un catálogo de réprobos.

Pero también hay formas menos groseras de catalogación. Una de ellas consiste en establecer parangones, si no aberrantes, cuando menos forzados. El caso de Venustiano Carranza es ilustrativo. Comparar su personalidad y acciones con las de Madero, Zapata o Villa distorsiona la visión. Carranza no poseía el aura de iluminado de Madero, tampoco el prestigio quijotesco de quien

lucha por la causa de los desheredados, como Zapata, o la flamígera y admirada contundencia guerrera de Villa. Ni por edad, biografía y formación, el de Cuatro Ciénegas puede ser comparado y juzgado junto al resto de los caudillos revolucionarios. Él fue un político, y, además –oro molido para sus detractores–, un político cuajado durante el gobierno de Porfirio Díaz. Sin embargo, como distingue Luis Barrón, autor de *Carranza. El último reformista porfiriano*, “era un político formado dentro del Porfiriato, aunque tampoco era un porfirista, pues nunca fue un seguidor incondicional de Porfirio Díaz, como el general Bernardo Reyes o el ministro de Hacienda José Ives Limantour...” (p. 14).

La distinción de Barrón entre porfiristas y los porfirianos desarma uno de los argumentos más socorridos y reiterativos utilizados para colocar bajo sospecha a Carranza en su faceta de revolucionario y tildarlo, como es frecuente, de reaccionario y conservador.

A contrapelo de la corriente historiográfica tendente a minimizar las aportaciones del coahuilense en la construcción del México moderno, Luis Barrón se propuso revisar, de espaldas a filias y fobias, su actuación política. Con ese propósito emprendió un concienzudo rastreo de los antecedentes del personaje y halló en su periodo como gobernador de Coahuila el primer esbozo

de su logro culminante como Presidente de la República: la celebración del Congreso Constituyente de 1916-1917.

Barrón descubrió en la Constitución de Coahuila de 1913, aprobada durante el gobierno de Carranza, pero que nunca entró en vigor a causa del asesinato de Madero, las ideas torales del proyecto enviado al Constituyente en Querétaro. Ideas, recalca el investigador, inspiradas en “los ideales del liberalismo decimonónico a los que se había apegado toda su vida” (p. 206).

Tema de numerosas investigaciones y de abundantes textos escritos por sus correligionarios al calor de los rescoldos de la pasión (Alfredo Breceda, Juan Barragán, Francisco L. Urquizo, Isidro Fabela y Bernardino Mena Brito, entre otros), y de las más recientes biografías de Douglas W. Richmond y Enrique Krauze, salta la pregunta obligada: ¿para qué otro estudio sobre Carranza?

El cuestionamiento resulta ocioso después de leer *Carranza. El último reformista porfiriano*, que ofrece datos hasta ahora desconocidos y puntos de vista novedosos y reveladores. Una de las interrogantes respondidas en el libro es cómo un jefe derrotado por fuerzas federales, incapaz de mantener el control de su propio estado, logró encabezar un movimiento en el cual participaron actores con mayor poder militar a su disposición y más fortuna en los campos

de batalla. En otras palabras, ¿cómo se construyó la adhesión de los sonorenses y de Francisco Villa al Plan de Guadalupe, siendo como fue que, al llegar a Sonora, su inspirador semejaba más un fugitivo en busca de refugio que un caudillo revolucionario? Para responder a esta pregunta, Barrón enumera y desmonta con precisión las circunstancias que hicieron de Carranza el hombre del momento y legitimaron su liderazgo.

Aportaciones igualmente esclarecedoras ofrece el autor en torno a las ásperas relaciones de Madero y Carranza, desencuentros aprovechados por Alfonso Junco y otros para especular sobre supuestos planes de traición urdidos por el entonces gobernador de Coahuila. En efecto, las diferencias eran inocultables. Don Pancho desconfiaba del “viejo pachorrudo”, como le llamaban los hermanos del presidente, y al de Cuatro Ciénegas desesperaba la ceguera de Madero, quien se obstinaba en no ver la tormenta que se le venía encima.

A partir de estos desacuerdos y fricciones, Junco pretendió descubrir el preludio de una conspiración cuando Carranza invitó a varios gobernadores a la célebre cacería de Ciénega del Toro. Barrón desbarata las difundidas especulaciones con un argumento difícil de rebatir: “Esta versión es cuestionable —aclara— porque habría sido absurdo in-

uitar (a la cacería) a Abraham González y Rafael Cepeda, dos maderistas ‘hasta las cachas’ –como en aquel tiempo se decía–” (p. 144). Todo indica que la intención de Carranza al organizar la excursión cinegética era compartir con sus homólogos la preocupación por el acelerado deterioro del gobierno de Madero, evidente para muchos, mas no para el Presidente.

Otro de los puntos controversiales en la biografía de Carranza clarificados por Barrón, es el aparentemente brusco giro ideológico fraguado en el tránsito de un Plan de Guadalupe (26 de marzo de 1913), pensadamente esterilizado de cualesquier ingrediente social –“llamado patriótico”, lo definió Carranza–, al incendiario discurso de Hermosillo (24 de septiembre de 1913), donde el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista reconoció inaplazable la respuesta a las demandas populares:

Queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan –vaticinó Carranza–, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas... Tendremos que removerlo todo. Crear una nueva constitución cuya acción benéfica sobre las masas, nada, ni nadie, pueda evitar.

Del Plan de Guadalupe al discurso de Hermosillo hay una distancia temporal de cinco meses casi justos, tiempo en

el cual se podría pensar que la posición ideológica de Carranza sufrió un giro de 180 grados. Barrón explica este cambio tanto por los antecedentes del coahuilense como por las experiencias vividas durante su viaje a caballo desde Cuatro Ciénegas hasta la costa sinaloense.

Los hombres hacen las revoluciones, pero las revoluciones también hacen a los hombres, dice el autor, y recuerda cómo, durante el fatigoso recorrido el Primer Jefe entró en contacto “con líderes revolucionarios que conocían las demandas específicas de cada región”: Domingo y Mariano Arrieta, antiguos mineros y arrieros, en Durango; allí mismo, a Pastor Rouaix, experto en los problemas agrarios de la comarca duranguense; en Parral, a los futuros villistas Maclovio Herrera y Manuel Chao, y en El Fuerte, Sinaloa, lo esperaban Álvaro Obregón, Ramón F. Iturbe, Benjamín Hill y Adolfo de la Huerta, “todos revolucionarios sonorenses que compartían con Carranza el carácter independiente de los norteños, pero que veían los problemas de México desde la perspectiva del aislamiento de Sonora y los abusos de los inversionistas extranjeros” (p. 196).

Esta retroalimentación, como diríamos ahora, apunta Barrón, fue “conviniendo a Carranza de que para mantener la coalición, tendría que ir más allá de la restauración constitucional”, lo

cual, finalmente, dictó los ejes ideológicos del discurso de Hermosillo.

Más adelante, el investigador juega su baza en el tapete de lo que él mismo considera “gran debate historiográfico” en torno a lo ocurrido en el Congreso Constituyente de Querétaro. Las versiones van desde la existencia de un bloque de diputados simpatizantes de Obregón, que derrotó a los legisladores carrancistas torpedeando el proyecto enviado por el presidente, hasta otras, según las cuales el Congreso aprobó, sin modificaciones sustanciales, el proyecto original.

En un estudio comparativo de la constitución estatal de 1913 y el proyecto de Carranza puesto a consideración del Constituyente de Querétaro, el autor descubre paralelismos innegables, por lo que, puede decirse, sin asomo de exageración, que la simiente de la Constitución de 1917 se localiza en Coahuila.

A partir de las investigaciones de Ignacio Marván Laborde, Barrón niega la existencia del “bloque obregonista” y apunta hacia un tema crucial no estudiado, que subraya el pensamiento federalista de Carranza, quien propuso una reforma radical al procedimiento de reforma de la Constitución. Todo era cuestión de cambiar una letra, una “y” por una “o”, al artículo 127 de la Carta Magna de 1827, “de modo que las re-

formas a la Constitución pudieran hacerse mediante el voto de dos terceras partes del Congreso General ‘o’ mediante el voto de la mayoría simple de las legislaturas estatales”. De haberse aprobado, esto hubiera transformado por completo el balance de poderes en el país (p. 208).

El libro de Luis Barrón es, en esencia e intención, una biografía política del Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista. Escrupulosa revisión del pensamiento político de un personaje que ofrece incluso facetas contradictorias.

La lectura de *Carranza. El último reformista porfiriano* sugiere decenas de temas de discusión, no pocos de ellos en espera de estudios especializados: ¿hasta que punto influyó en Carranza el modelo de gobierno de Bernardo Reyes en Nuevo León? ¿Cuánto pesaron en el oscurecimiento del papel de Carranza en la Revolución el deliberado ninguneo de su figura por parte de los sonorenses en el poder? ¿Fue o no Carranza un presidente conservador?

Una discrepancia, *peccata minuta*, provocada por el encabezado del último tranco del quinto capítulo: “Venustiano Carranza; un puente entre el antiguo régimen y la Revolución”. Es de dudarse que Carranza sirviera de puente entre estas dos etapas de nuestra historia. Hubo, creo, una fractura de tal magnitud que ninguna obra de ingenie-

ría hubiera podido conectar una orilla con la otra.

Finalmente, la aparición de este libro es pertinente por varias razones; una de éstas coyuntural: la inminencia del centenario de la Revolución. La otra es completamente ajena al calendario: la necesidad de analizar sin apasionamiento a un hombre clave del México del siglo xx, que al igual que los seis personajes de Pirandello vagaba por la abrumadora bibliografía de la Revolución en busca de autor reflexivo e imparcial. Ya encontró a uno... se llama Luis Barrón.

Álvaro Uribe, *Recordatorio de Federico Gamboa*. México: Tusquets, 2009, 135 pp. (Primera edición: México: Breve Fondo Editorial, 1999.)

Guillermo Núñez Jáuregui

En su texto de 2000 “‘Yo’ no es ‘otro’”, recopilado en *Desorden aparente* (2007), Philippe Ollé-Laprune advertía que, en comparación con la producción de literatura francesa abocada al género autobiográfico, “llama la atención la ausencia del ‘yo’ en la producción literaria latinoamericana en general y en la mexicana en particular”. Acaso para paliar esta laguna, en los últimos 20 años se ha recuperado una importante serie

de textos que bien puede servir como antecedente a las producciones contemporáneas dedicadas al yo.<sup>1</sup>

Recientemente, sin embargo, ha sido Álvaro Uribe quien mejor ha aprovechado la obra autobiográfica de Federico Gamboa, una de las fuentes más ricas en el género, ya sea por su valor testimonial, ya por su valor literario.<sup>2</sup> Uribe, apenas dos años atrás, publicó la novela *Expediente del atentado*, en la que Gamboa es velado bajo sus iniciales para reconstruir uno de los episodios olvidados de la historia mexicana: un atentado contra Porfirio Díaz. Ahora, nos encontramos ante una versión aumentada y corregida de su texto de 1999, *Recordatorio de Federico Gamboa*, que le debe mucho a los ejercicios que José Emilio Pacheco ha dedicado al más famoso de los escritores naturalistas mexicanos que nos dejó el porfiriato.

En el capítulo XIV de *Impresiones y recuerdos*, la autobiografía precoz que Federico Gamboa publicó en 1893 —a un año de que, a sus 27, iniciara en

<sup>1</sup> Por ejemplo, los *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, de José María Roa Bárcena, editado por Conaculta en 1991 y reimpresso en 2003; también se encuentran las *Memorias de Porfirio Díaz de 1892*, publicadas por Conaculta en 1994 y más tarde en 2003, en dos tomos.

<sup>2</sup> Lo mismo que Michel Leiris, quien incurrió en al menos dos de los géneros autobiográficos más prominentes: la memoria y el diario.

paralelo uno de los proyectos más ambiciosos de la literatura autobiográfica mexicana decimonónica, *Mi diario*, mismo que fue publicando en vida; sólo dos volúmenes no fueron revisados por el autor, los correspondientes al periodo que va de 1912 a 1939—, se anota la expedición que realizó a las catacumbas de la ciudad de París en una visita que lo tenía “alborotado de mucho tiempo atrás”. Escribe Gamboa:

Estremece el pensar lo que significa contubernio semejante; pensar que una mano extraña haya colocado junto al fémur de un criminal la tibia de una virgen, que la calavera de un santo corone el esqueleto de una prostituta, que los niños anden revueltos con impurezas y pecados, y que el todo sirva de exhibición al vulgo, a cualquiera que obtiene una tarjeta, a ignorantes que se las dan de espíritus superiores y a señoras que chillan ante la mirada negra y la eterna mueca de los pobres cráneos, colgados aquí y allí, cual condenados por delitos ignotos a la peor de las picotas: la curiosidad malsana de las multitudes.

Una preocupación de Gamboa: el orden con el cual se dispone el pasado para darle sentido. Es en el desorden donde encuentra el fruto de la “curiosidad malsana”, el accidente a un lado de la carretera que nos hace reducir la

velocidad para ver si conseguimos dar cuenta de lo que sucedió. “Desdichados muertos los dueños de esos huesos —escribe más adelante—, ¿quién nos garantizará que dentro de cien años no sirvamos también de diversión y de curiosidad?”. A 70 años de la muerte de Gamboa, Uribe nos ofrece una amalgama de biografía y revisión crítica que no falta al orden ni se aleja del respeto.

Dividido en cuatro partes, *Recordatorio de Federico Gamboa* se apoya no sólo en las novelas y las obras literarias del autor, sino, con mayor fuerza, en sus textos autobiográficos, para ofrecer un vistazo al Gamboa que se encontraba a la sombra de Porfirio Díaz, el Gamboa que confiaba plenamente en la capacidad del arte para dirigir pasiones y morales, pero también en su capacidad para hacerse un autor que como Émile Zola le diera voz a quienes no tienen voz, con la luz de la razón iluminando hasta lo más oscuro de la naturaleza humana, su paso por la candidatura presidencial y su larga sobrevivencia política y, finalmente, el modo en que su escritura de algún modo ya prefiguraba el modo en que habría de ser recordado después de muerto. He allí la tesis de Uribe que recorre este texto que funge como servicio de admiración: Gamboa, como muchos dietistas, se construía a sí

mismo a través de sus impresiones diarias.<sup>3</sup>

Álvaro Uribe cumple al dirigir hacia una de las lecturas más importantes que ofrece el panorama decimonónico mexicano, con páginas que nos invitan a reunir osamentas en una pira colosal

<sup>3</sup> Un eco que, hoy, puede leerse, por ejemplo, en Susan Sontag, quien anotó el 31 de diciembre de 1958: “En el diario no sólo me expreso de un modo más palmario que con cualquier otra persona; me creo a mí misma.” Lo mismo en lo que Elizondo anotó en la advertencia de su *Autobiografía precoz*: “La crónica personal está disfrazada, envuelta en el aderezo de la elaboración literaria de hace muchos años para que quede como una tentativa por definir la vida en un momento dado de su evolución, no para ser una cifra absoluta.” Y en lo que bien sabía Sándor Márai: no somos sólo la caricatura que nos representamos a nosotros mismos, sino también la que los demás crean de nosotros.

para “prenderles fuego, un fuego reparador que las premie de las diarias profanaciones”.

Colofón: Los próximos títulos de la colección son los siguientes: *Bernardo Reyes, un liberal porfirista*, de Artemio Benavides Hinojosa; *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*, de Susana Quintanilla; *El poder y la caída. La Revolución en el occidente mexicano, 1908-1913*, de Elisa Cárdenas Ayala; *Los tambores de Calderón*, de Jean Meyer; *Se llamaba Elena Arizmendi*, de Gabriela Cano; *Ciudades sitiadas. Latinoamérica, arquitectura y Centenarios*, de Johanna Lozoya; *Creadores culturales de la Revolución mexicana*, de Antonio Saborit; *La memoria imaginada: Arte, imágenes e ideas en la celebración de los Centenarios*, de Tomás Pérez Vejo, y *La Castañeda*, de Cristina Rivera Garza. ❧